

Soneto para Dulcinea

Dulcinea, aunque nadie se atreve a llamarla así en el pueblo, peina sus largos cabellos grises en esta hora fría del anochecer de otoño. Se encuentra sola, en su recámara, frente a un espejo algo roto, enmarcado en una tabla oscura y severa que denota su pertenencia a una casa más importante, pero que, vaya usted a saber cómo, ha mudado hacia el corralón manchego donde habita Aldonza Lorenza, la afamada hija de Lorenzo Corchuelo, que ya ha enviudado dos veces, y ahora, dueña de la hacienda y de la casa, pastoreando la cuadrilla de hijos que atienden las tierras, el molino y la huerta, se deja mecer dulcemente en los vaivenes de los recuerdos, mientras acaricia su larga melena negra, siempre púdicamente recogida en un gracioso moño.

- ¡Qué pronto te me fuiste!- suspira, pensando en su primer marido, Sebastián Rendón, el hijo de un agricultor acomodado que la hizo mujer, esposa y madre por dos veces antes de poner, demasiado pronto, los pies en la barca de Caronte. Fue aquel un amor enfebrecido, como proa de jóvenes, entregado al rompeolas de la carne firme, en largas noches de crudo invierno y en albas dulces de primavera. Pero Sebastián, esforzado trabajador, fue aplastado por un pesado saco de trigo que recogía en unos de los altos molinos que rulan su permanente canción triste al hilo del viento. Duró pocos días sin cesar las sangrías internas que, al final, lo llevaron con Dios, dejando en este mundo a Aldonza, viuda tan joven, madre de dos hijos chiquitos, desolada y destrozada por la pérdida de su primer amor. Luego el tiempo obró como acostumbra, y la viuda terminó casándose, de noche, como le correspondía, y sin las algazaras de la primera vez, con el hermano menor de su marido, Alonsillo, tres años más joven que ella, asustado animal encerrado en el tupido corral que fuera de su hermano, cargando con una mujer, dos criaturas, tres rucios, y mucha hacienda para un hombre solo.

Ya no fue lo mismo, pues parece que todo tiene un orden en el universo, y las piezas no se pueden tocar sin pagar un precio. Alonsillo se terminó de hacer hombre en las manos expertas de Aldonza, asustado de su belleza recia y firme, regalándola seis hijos más de los cuales sobrevivieron la mitad. Años después se mostró más amigo de la taberna que de su propia casa, y más encariñado con algunas mozas de lance que pasaban por el pueblo que de atender su hacienda, cada vez más próspera, pues lo que él iba dejando, Aldonza iba tomando, ayudada por su caterva de vástagos, y cuando las fiebres tercianas se lo llevaron con el hermano mayor, la mujer ya era quien llevaba la casa, las tierras, el molino y la huerta, así que solo quedó enterrarlo y agradecer a Dios el evitarle una vejez amargada por los pecados de un marido de escaso seso que le había acompañado muchos años por los vericuetos de la vida.

Y es que había de tener poca sal en la mollera quien mirase a otra mujer teniendo a Aldonza guardada en casa. No solo era una infatigable trabajadora –la mejor mano para salar cerdos de La Mancha, que ya había apuntado el clásico-, sino que se trataba de una moza más alta de lo usual por aquellas tierras, de miembros alargados y caderas poderosas, cuya piel blanca como el pan candéal, era coronada por una melena negra, algo hirsuta, un punto rebelde como la propia dueña, bajo la que miraban unos sus ojos verdes a los que hubiera cantado cualquier Garcilaso. Si Lorenzo Corchuelo no tenía patrimonio para una buena dote, al menos la belleza de la doncella era aval suficiente, a lo que se unía un carácter alegre, un corazón generoso y una sesera puesta en barbecho, que terminaba criando toda clase de buenos frutos.

Con el transcurrir del tiempo Aldonza Lorenzo, viuda de los Rendón, ya no pensaba tanto en sus dos maridos como en el que pudo ser y no fue. Desde la publicación de aquella obra maldita, “El Quixote”, la gente murmuraba de ella, y hasta algunos

viajeros ilustres, de camino por el pueblo, insistieron en conocerla, a lo que ella, siempre recatada por convicción, se negaba indefectiblemente. Mientras peina su melena, una y otra vez, recuerda la alta y desgarbada figura que movía a pena cuando, desde el fondo de algún oscuro callejón, le lanzaba requiebros a su paso, erguida y firme sobre su rucio a la vuelta de la faena, bien plantada la intitulada “emperatriz de La Mancha”. Alguna vez se le acercó, y en el campo, por dos ocasiones, lo encontró clavado sobre las duras tierras del camino, de rodillas, pidiéndole, entregado, que hiciera el favor de ser su musa y destino.

Su padre, Lorenzo Corchuelo, andaba con estas cosas mesado de los nervios, pues entendía que afectaba a la honra de su hija, en quien tantas esperanzas de un buen casamiento tenía, vista su belleza.

- ¡Aldonza, cuidado, ante todo cuida de tu honra y del buen nombre de tus antepasados! No se han hecho los hidalgos para buscar esposas entre las labradoras, sino al contrario, para entretenerse y mancillarlas, que luego las altas puertas de sus casas bien recio que cierran a los lloros y a las demandas. ¡Cuidado, Aldonza, mira por ti y por tu familia!

Lo cierto es que ella era tan joven y tenía tanto miedo que se encerraba en el desdén a modo de coraza, pero alguna flecha dorada había atravesado el duro caparazón del pecho de hierro, y las ilusiones brotaban, como las amapolas en las cunetas del camino, en aquella cabecita para la que, por la edad, siempre era primavera.

Pero aquel hidalgo tímido y sentimental jamás habló una palabra de casamiento, y aunque parecía sinceramente enamorado con palabras ciertas y enrevesadas en su lengua de fuego, nunca acudió a Lorenzo Corchuelo para solicitar las gracias permanentes de su hija, pues tanto miedo tenía ella al amor, como él al matrimonio. Y así vino la vida, que Sebastián Rendón no tenía las lindezas del

hidalgo, pero aunque algo callado, era de cuerpo fuerte, rostro noble, los cabellos castaños, la mirada sincera y siempre atentas para su cuerpo las callosas manos. No lo dudó Aldonza, para gozo de su padre, y aceptó de buen grado al mozo recio y honrado.

Sin embargo, ahora ya, en el otoño de su vida, piensa muchas veces en aquel hidalgo convertido en libro, honrado por el papel como inmortal declarado. En una caja ricamente taraceada, siempre celosamente oculta, donde guarda un mechón de su primer marido, un anillo, una cruz de Caravaca y el cordón de un fraile santo, tiene oculto un papel, el único que le dio, una tarde de oro en que el sol ya anunciaba el verano, aquel hidalgo famélico, aquel corazón entregado. Le dijo que era un soneto a Dulcinea, y ella, con suma vergüenza, lo aceptó y siempre lo ocultó como algo sagrado. A nadie se lo dio a leer, aunque ella, por no conocer ni las primeras letras, no podía entender lo que allí dejó el amor grabado. Tuvo tentaciones de acudir a algún escribano, o al cura, o al licenciado de la plaza, pero el temor a los desatinos amorosos escritos y a las murmuraciones, impidieron que diera ningún paso. En noches como estas, frías y tristes, donde los recuerdos la abruman, a solas en el cuarto, aprovecha para extraer el amarillento papel, ya desgastado por el tiempo y las yemas de los dedos de Dulcinea del Toboso, acariciando los rasgos incógnitos, las palabras ocultas, los deseos frustrados. Hace mucho que imagina lo que dice aquel poema, aquel soneto cuya música virgen, inextricable, suena para siempre en el rincón más oculto de su corazón.

Fernando Escudero